

# A veces prosa Animula, vagula

Adolfo Castañón



*La sonrisa es indispensable y los portadores  
de augurios jamás saben sonreír.  
Yo les diría que aprendan no el arte de morir,  
sino el arte de sonreír.*  
Octavio Paz a Jacobo Zabludovsky<sup>1</sup>

¿No deberían los hombres despedirse sonriendo de este mundo? Sin vanidad ni aparatoso ánimo fúnebre, algunos espíritus despiertos han deletreado su adiós al banquete con labios risueños y apenas quieta indiferencia: *farewell, my love, and if forever, forever well.*

Hace algún tiempo falleció un actor mexicano —el llamado Palomo— en un animado restaurante de California. Dizque murió de risa aunque el público no conoció el chiste que llevó a la crisis de su asma ultramundana. Del mismo modo, se desalentó definitivamente el poeta Julián del Casal —padre del *spleen* habanero— según refiere el opulento José Lezama Lima, cuya “Oda a Julián del Casal” reproduzco más adelante. Entre nosotros, en México,

<sup>1</sup> José Alberto Castro y Armando Ponce, “Una hora sin paz”, *Proceso*, número 1098. 16 de noviembre de 1997, p. 66.

se cuenta que el filósofo Antonio Caso, que era tan popular entre las mujeres, desfalleció en los brazos magistrales de una que no era la suya. El caso de Caso ya se transmitía en tiempos de nuestros padres como un secreto a voces en que se mezclaban la envidia y la vergüenza en indiscernible amalgama. No está de moda en nuestros días uniformados hablar del arte de morir. Las charlas de la muerte o de sus episodios chocan, a los prisioneros de la telaraña virtual, tan afectados de somnoliento estupor. Y sin embargo —pregunta el filósofo—, ¿el arte de morir podría ser distinto del arte de dormirse en esta vida para hacer quién sabe qué en la otra? Cuando alguien muere —sostiene Jean Paulhan al evocar la muerte de Groethuysen en Luxemburgo— comienza la fiesta, el trabajo se detiene y nos vuelven a visitar las atónitas ardillas de la felicidad. Morir con gestos y aspavientos no parece convenir a las inteligencias reales más preocupadas por hacer coincidir su último semblante con su rostro interior, como en la lección regia de Juan García Ponce.

“Tápenme la cara —dice despacio Rosendo— el ‘Hombre de la esquina rosada’

de Jorge Luis Borges”. Sólo le quedaba el orgullo y no iba a consentir que le curiosearan los “visajes de la agonía”. Se sabe que el general Bernardo Reyes pidió que le llevaran a la prisión de Tlatelolco la víspera del 9 de febrero, día de su muerte, la ropa interior más fina para ponérsela al día siguiente, el de su final. La furia del aferrado tiene mucho de teatral en el peor sentido. Por eso se agradece el ejemplo de Molière que desfallece en escena representando a la muerte y haciendo morir de risa al público con el espectáculo de su defunción. O la anécdota, referida por Montaigne, del criminal que se le estaba rasurando el cuello antes de decapitarlo con el hacha y que le exige al verdugo que le deje de hacer cosquillas. O el cuento del muriente que, cuando siente llegar al sacerdote para darle la extremaunción, le manda decir que se retire, que de todos modos se le pagarán sus servicios ya que está hablando con un amigo que hace mucho no ve y prefiere mejor que esta charla sea su última comunión. Aquí cabe recordar las historias de quienes mueren pidiendo se les toque repetidamente cierto trozo de música —una zarabanda o la Fo-

lia renacentista y barroca— o bien los ejemplos de quienes, antes de rendir su último suspiro, consagran sus afanes terminales a jugar con las musas como el poeta Petronio o el emperador Adriano quien cantó así a su alma momentos antes de morir:

[Animula, vagula, blandula]

Alma mía, mi pequeña, mi querida,  
Ya te vas, hija mía, y sólo Dios sabe  
[ adónde:  
Sola, desnuda, temblorosa.  
¿Qué será de tu buen humor, de tus  
[locuras,  
de tantos y tan divertidos juegos?

A la cita para compartir la Última Cena con el Señor algunos han preferido otras grandes compañías, como aquel que rechazara gentilmente al sacerdote diciendo: “No, yo no, yo prefiero ayunar”. O aquel otro —Chamfort— que solicitó así la comprensión del ministro de Dios que le ofrecía la hostia: “Por favor, no puedo, el médico me tiene prohibidas las harinas”. A Teresa de la Parra le preguntó su hermana en sus últimos momentos qué quería, y respondió dulcemente: “sólo un poco de tierra”. Se recuerda también el caso del creyente insaciable que suplicó dos veces la última hostia para llegar con el alma plenamente restaurada a la nueva vida en el Señor.

La buena educación a la hora del último viaje no ha estado ausente ni siquiera entre los pueblos tardíamente evangelizados.

En cierta crónica contemporánea de la del Conquistador Anónimo, se refiere el siguiente episodio, al parecer sucedido en el México Antiguo: tendido sobre la piedra de los sacrificios, un príncipe recibió en el pecho la abrupta embestida del cuchillo de obsidiana; pareció quejarse y el sacerdote solícito le preguntó: “¿Acaso te duele, hijo mío?” antes de arrancarle el corazón. A lo cual el noble tlaxcalteca respondió ya con el pecho hendido: “No, padre, es que me dio miedo que se fuera usted a torcer el brazo”.

Concluamos diciendo que en estas materias terminales una de las sentencias más sensatas quizá sea la del filósofo británico Thomas Hobbes. Luego de leer los epitafios que había encargado a sus amigos, sonrió

y escribió sarcástico el suyo minutos antes de morir: “Thomas Hobbes, filósofo, yace bajo ésta que es la única piedra filosofal”. Esta frase lapidaria sólo podría compararse con aquellos epitafios de gémetras matemáticos —como Arquímedes— que altivamente sólo dejaron bajo su nombre la fórmula, el garabato clarividente que los inmortalizaría.

\*\*\*

Las últimas palabras de Mallarmé —“crean que debió ser muy hermoso”— quedan grabadas en la mente al igual que la “Oda a Julián del Casal” de José Lezama Lima.

#### ODA A JULIÁN DEL CASAL<sup>2</sup> (Fragmento)

La misión que te fue encomendada,  
descender a las profundidades con  
[nuestra chispa verde,  
la quisiste cumplir de inmediato y por  
[eso escribiste:  
*ansias de aniquilarme sólo sientto.*  
Pues todo poeta se apresura sin saberlo  
para cumplir las órdenes indescifrables  
[de Adonai.  
Ahora ya sabemos el esplendor de esa  
[sentencia tuya,  
quisiste llevar el verde de tus ojos verdes  
a la terraza de los dormidos invisibles.  
Por eso aquí y allí, con los excavadores  
[de la identidad,  
entre los reseñadores y los sombrosos,  
abres el quitasol de un inmenso Eros.  
Nuestro escandaloso cariño te persigue  
y por eso sonríes entre los muertos.

La muerte de Baudelaire, balbuceando  
incesantemente: Sagrado nombre,  
[Sagrado nombre,  
tiene la misma calidad de tu muerte,  
pues habiendo vivido como un delfín  
[muerto en sueños  
alcanzaste a morir muerto de risa.

<sup>2</sup> José Lezama Lima, “Oda a Julián del Casal” en *Antología para un sistema poético del mundo de José Lezama Lima*, pp. 232-236.

Tu muerte podía haber influenciado a  
[Baudelaire.  
Aquel que entre nosotros dijo:  
*ansias de aniquilarme sientto,*  
fue tapado por la risa como una lava.  
En esas ruinas, cubierto por la muerte,  
ahora reaparece el cigarrillo que entre  
[tus dedos se quemaba,  
la chispa con la que descendiste  
al lento oscuro de la terraza helada.  
Permitid que se vuelva, ya nos mira,  
qué compañía la chispa errante de su  
[errante verde,  
mitad ciruelo y mitad piña laqueada por  
[la frente.

\*\*\*

Quién sabe si el ejemplo extremo de muerte risueña lo dé el suicida rechazado por la muerte, tal el caso de aquel que buscó ahogarse en las cascadas del Niágara y no lo logró:

#### EL SUICIDA DEL NIÁGARA<sup>3</sup>

Busca un sudario de espuma  
a orillas de la cascada hirviente  
vence el vértigo y siente como si  
su cabeza se arrancara del cuerpo.

La muerte lo escupe,  
sobrevive al clavado en las aguas  
glaciales que hierven por la velocidad  
con que se azotan contra la roca, uno  
[entre diez mil, la  
muerte lo escupe, no lo quiere.  
En el fondo de las aguas quedan  
todos los problemas menos uno:  
¿cómo pagar la multa  
por arrojar a las turbinas  
al aire libre de las cascadas  
del Niágara?  
Oh, Kirk, ¿quién podría ser  
como tú que dejas en el fondo del agua  
la sombra del suicida y  
respiras ahora un aire nuevo? **U**

<sup>3</sup> Escrito a partir del artículo “Pas de pitié pour le miraculé des chutes du Niagara?”, *Le Figaro*, 24 de diciembre de 2003.